

Pedro GUARDIA MASSÓ

MARGINACIÓN Y OPRESIÓN EN *LOS CUENTOS DE CANTERBURY* Y EN *PEDRO EL LABRIEGO*

Hace unos cuatro meses, mientras comenzaba a preparar esta conferencia, una cápsula «suicida», lanzada desde la nave espacial Galileo el pasado mes de julio, llegaba a la atmósfera de Júpiter y, durante 52 minutos, antes de pulverizarse, transmitía preciosa información a los centros de seguimiento de la NASA situados nada menos que a 560 millones de kilómetros de distancia.

Y ya que he mencionado esta sonda espacial que lleva el nombre del famoso astrónomo italiano Galileo Galilei (1564-1642), que en 1609-10 detectó unos anillos en la órbita de Júpiter con un telescopio de 20 aumentos, me permito reproducir el mensaje criptográfico con el que comunicaba su descubrimiento a Copérnico:

smaismsrmlmepoetalevmibunenugttaviras

Yo espero no tener que pulverizarme y ser capaz de mantener vuestra atención durante un tiempo similar y transmitir de una forma clara y sencilla, sin mediar esos 560 millones de kilómetros de separación, algún que otro dato interesante sobre la marginación y la opresión en la sociedad medieval inglesa tal como se describen en *Los Cuentos de Canterbury*¹ de G. Chaucer (1342-1400) y en *Piers Plowman* o *Pedro el Labriego*² de William Langland (1332-1400).

Empezaré efectuando una serie de afirmaciones que, aunque no reflejan exactamente mis opiniones personales, ayudarán a enmarcar el tema de la

¹ Todas las citas se refieren a J.H. Fisher (ed.) *The Complete Poetry and Prose of G. Chaucer*, London: Holt, Rinehart & Winston, 1977 (el texto inglés) y P. Guardia (ed.) *Cuentos de Canterbury*, Madrid: Cátedra, 3ª ed. 1995 (el texto castellano).

² Citas de P. Guardia (ed.) *Pedro el Labriego*, (traducción de *Piers Plowman* de William Langland), Madrid: Gredos (pendiente de corrección las primeras pruebas, razón por la cual no se menciona el número de página).

conferencia y podrán dar pie a posterior debate. La relación entre marginación y opresión parece evidente: al oprimir se margina y quien se siente oprimido se juzga marginado. Una sociedad utópica carecería de marginados y opresores; pero desafortunadamente tanto la marginación como la opresión han existido, existen y existirán siempre. La opresión está íntimamente ligada a la corrupción: un acto de corrupción siempre margina a alguien. La tensión opresión-marginación es fácil de describir desde un punto de vista teórico; pero al aplicarla a casos concretos resulta muy difícil no caer en el subjetivismo. Todos, a veces, nos hemos sentido oprimidos, pero sin darnos cuenta también nos hemos convertido en opresores. Las críticas surgen cuando nos sentimos marginados; analizar, pues, el objetivo de una crítica nos proporcionará pistas para descubrir una opresión. Aquí describiremos brevemente algunas manifestaciones de esta tensión, producto siempre de una opresión o marginación declaradas o solapadas. Y puestos a escoger, en vez de enfocarme en las capas sociales tradicionalmente marginadas o automarginadas como podría ser la de la prostitución y de la delincuencia, o en la limpieza étnica, como la fobia antijudía, o en grupos marginales como la hermandad de los flagelantes, me detendré de modo particular en algunas marginaciones sociales en general, acrecentadas por un hecho histórico que mencionaré en breve, y en la tensión marginación-opresión sexual concretada en dos personajes de *Los Cuentos*. También me permitiré alguna digresión léxica fruto de mi formación —o deformación— profesional. Sin olvidar que «sólo sobreviviremos en el río de la vida si flotamos con el salvavidas del humor»³.

La población medieval inglesa del siglo XIV, como la del resto de Europa, estaba claramente estratificada: nobleza, burguesía, plebe y, por encima de todos, el poder real. Inglaterra era predominantemente agrícola con núcleos esparcidos, de abastecimiento completamente autónomo. Una serie de hechos encadenados iba a romper el equilibrio social de por sí algo precario. En primer lugar, la pérdida de una de cada tres cosechas debido a las condiciones climáticas provocó una gran escasez de alimentos; además, la falta de sol en muchos lugares redujo la producción de sal por evaporación; la sal era esencial no sólo para sazonar sino sobre todo para conservar los alimentos: el espectro del hambre sobrevolaba Inglaterra.

Pero una circunstancia fundamental, a mediados de ese siglo, iba a añadirse a esos factores y contribuir decisivamente a romper el aparente equilibrio social anterior provocando un incremento marginador y opresor entre las clases menos favorecidas: la Peste. En vida de William Langland y Godofredo Chaucer se desencadenaron cuatro plagas, 1348-49 —la más virulenta—, 1361-2, 1369 y 1374-75; recordemos que una de estas pestes fue la excusa para reunir a los diferentes relatores de los cuentos en el *Decamerón* de Boccaccio.

³ Wilhelm Raabe, citado en «El Humor es calidad de vida», *Ciencia y Vida, La Vanguardia*, 10 de febrero de 1996, p. 13.

El término peste, utilizado profusamente tanto en *Pedro el Labriego* como en *Los Cuentos*, se aplicaba de forma indiscriminada a todas las epidemias mortíferas —plagas, tifus, gripes— que se desarrollaron durante la Edad Media, aunque hoy en día se aplica exclusivamente a la enfermedad contagiosa producida por el bacilo *Yersina*. La peste se manifiesta en tres formas: la bubónica, la neumónica y la septicémica; la más conocida es la bubónica que se transmite por la picadura de los numerosos insectos parásitos de la rata común, siendo el más importante la mosca *Xenopsylla Cheopsis*. El desenlace fatal sobreviene a los dos o tres días de aparición de los primeros síntomas. Las condiciones higiénicas —baste recordar las ilustraciones donde se muestra a un vecino vaciando un orinal directamente a la calle— y medios sanitarios justifican plenamente el alto porcentaje de mortandad⁴.

La peste también recibe el nombre de Muerte Negra, término que merece un breve comentario, pues no fue acuñado por los contemporáneos que la sufrieron y no se extendió hasta bien entrado el siglo XVIII. Algunos opinan que el adjetivo «negra» tenía relación con el luto que producía, otros la atribuían a la representación de la Muerte, un jinete montando un caballo negro. Tanto la bubónica, como la neumónica y la septicémica ocasionan fiebres muy altas y el cuerpo del infectado se vuelve de un color púrpura profundo debido a los fallos respiratorios; a este síntoma se debería la denominación popular de la peste, la Muerte Negra o *Black Death*. Finalmente podría ser una traducción errónea del latín *pestis atra* o *atra mors*. En el siglo XIV *atra* tenía el significado de «horrible», «terrible» y «negro»⁵. (Nótese el lenguaje xenofóbico y la connotación peyorativa del adjetivo «negro» en «me ha tocado la negra», «estar negro», «sacar lo que un negro de un sermón», «trabajar como un negro», «oveja, magia, misa, negra», etc.).

La Peste, especialmente la de 1348-51, barrió Europa de Este a Oeste ocasionando la muerte, sólo en Inglaterra y Gales, de más de un millón de personas. Se calcula que esta plaga produjo 25 millones de víctimas mortales en el siglo XIV⁶ en el continente europeo. Las pobres condiciones sanitarias y el limitado conocimiento médico para combatir epidemias eran factores negativos para atajarla. Por ejemplo, la práctica de la autopsia era casi inexistente; en la facultad de Medicina de París se realizaba una cada dos años. ¡El

⁴ En *Pedro el Labriego* se hace referencia a la maligna influencia del planeta Saturno, vinculándolo a los desastres naturales, plagas, inundaciones y escasez. La astrología medieval atribuyó la gran calamidad de la Muerte Negra de 1349 a la conjunción extraordinaria de Saturno con otros planetas, cosa que sucedía una vez cada mil años. (Nota 232 de *Pedro el Labriego* cap. VI).

⁵ Philip Ziegler, *The Black Death*, Alan Sutton: Dover, 1993 (reimpresión), p. 7.

⁶ *Enciclopedia Británica*, vol. VIII Micropedia, 15ª ed., Benton: Chicago/Londres, 1979, p. 20.

papa Bonifacio VIII había prohibido la mutilación de los cadáveres en un intento de refrenar la propagación de falsas reliquias!

Esta plaga afectó a todas las edades y estamentos —el mismo Alfonso XI de Castilla falleció por esta causa— en general, pero muy particularmente a la infancia y a los más necesitados de una sociedad en la que llegar a los 50 ya era ser viejo. Este desastre provocó un gran crisis demográfica acentuada por su reaparición intermitente cada diez o quince años y desequilibró por completo el ciclo económico. La mortandad afectó también a los animales domésticos y al ganado; así, p.e., la escasez de materias primas y piensos colocó a la industria lanera y textil en posición muy delicada. La mano de obra escaseaba y, por tanto, muchos terrenos estaban sin cultivar. Algunos terratenientes, ante la falta de productores, empezaron a reducir la superficie cultivable; otros intentaron atraer a personal foráneo con salarios elevados. En las propiedades extensas y monasterios se arrendaron tierras a precios muy bajos.

Con todos estos factores el precario equilibrio del mundo laboral quedaba roto. La escasez de mano de obra que provocaba la movilidad laboral y el aumento de salarios para intentar atraer a los productores generaba una inflación que los pequeños terratenientes no podían soportar. Los alimentos de primera necesidad escaseaban y los precios se disparaban: la inflación llegó a situaciones límite. Eduardo II la intentó frenar oprimiendo a los más débiles, a los trabajadores. El decreto de 1349, en plena Peste, pretendía arreglar el problema:

Todo hombre o mujer menor de sesenta años, sin oficio fijo o sin recursos propios, y sin amo a quien servir, tendrá la obligación de trabajar para quien lo requiera y recibirá sólo el salario tradicional. Quien se negare será arrestado y encarcelado... Nadie pagará a un sirviente por encima del salario tradicional (es decir, el anterior a la Peste)⁷.

Al mismo tiempo se prohibió subir los precios a los artesanos y comerciantes. Pero las prohibiciones, más que solucionarlos, suelen indicar la presencia de problemas. En 1351 el Parlamento elevaba una petición a la Corona reclamando un estatuto del trabajador ya que el anterior decreto de 1349 no atajaba los desmanes. Los pequeños terratenientes se quejaban de las deserciones —los grandes terratenientes pagaban el doble o el triple—. Para controlarlos, se fijaron los salarios en una tabla. Un albañil cobraba tres peniques, un campesino, dos; cantidad módica si se compara con lo que recibía un arquero al servicio de su majestad, 6 peniques diarios.

⁷ J.J. Bagley y P.B. Rowley, *A Documentary history of England, vol. 1 (1066-1540)*, Penguin: Aylesbury, 1966, p. 209.

Langland comenta en *Pedro el Labriego*:

Eso es lo que hoy en día sucede: el asalariado se enfada si no cobra un sueldo elevado y maldice el día en que nació trabajador⁸. Y no atenderá los sabios consejos de Catón: Soporta con paciencia la carga de la pobreza⁹. Por el contrario, maldice a Dios y critica a la Razón y vitupera al rey y a su consejo por redactar estatutos proclives a sojuzgar a los trabajadores. (III)

En resumen, las pobres cosechas, la penuria del ganado porcino, ovino y bovino, junto con la inseguridad de los caminos repletos de ladrones, prófugos, parados y soldados licenciados, acarrearón una sensación de inseguridad e inestabilidad entre los campesinos ingleses. Esta inseguridad ya había provocado en 1328 la promulgación del Estatuto de Northampton dando más poder a los sheriffs locales para detener a cualquier sospechoso. Para más inri, la elevada tributación para financiar la Guerra de los Cien Años se juntó a los estragos de la Peste e incrementó la ola de pobreza, penuria y hambre, pues la plaga impedía el labrado y sembrado de los cultivos. Los campesinos pobres eran las víctimas preferidas de los salteadores de caminos; los terratenientes modestos clamaban por mano de obra para poder cultivar la tierra y pedían mayor seguridad.

A todo esto los recaudadores de tributos empezaron a ejercer su labor con mayor severidad, pues las arcas reales estaban exhaustas a pesar de los intentos de encontrar financiación extranjera; Chaucer realizó dos viajes a Italia en busca de préstamos, ya que Florencia y Milán, con más de 100.000 habitantes, eran el centro bancario de Europa. Todos estos factores provocaron unas grandes protestas que desembocaron en la Revuelta Campesina de 1381¹⁰. En el Cuento del Capellán de Monjas Chaucer compara la caza del zorro con los desmanes que los campesinos protagonizaron en Londres.

⁸ El Estatuto del Trabajador aprobado en 1350 obligaba a los no imposibilitados a faenar en las labores agrícolas a precio fijo. La escasez de mano de obra hizo que esos topes salariales se rebasaran ampliamente.

⁹ Los *Disticha Catonis* recopilaban unas máximas en cuatro volúmenes que se estudiaban en las escuelas después del *Donato*.

¹⁰ Esta revuelta estuvo liderada por un exsoldado denominado Wat (Walter) Tyler, que murió el mismo año. Su causa inmediata fue el aumento de los impuestos —un chelín por cabeza— para financiar la guerra con Francia. En los condados colindantes a Londres se produjeron en mayo de 1381 los primeros incidentes apresando a los recaudadores reales y devastando algunas propiedades y monasterios. Los insurrectos provenían mayoritariamente de Essex, Middlesex, Sussex, y Kent. Invadieron Londres el 13 de junio liberando a los prisioneros de varias cárceles. Además, aprovecharon para destruir a la competencia textil representada por los comerciantes flamencos establecidos en la capital. Después de muchos actos de pillaje y vandalismo —llegaron a decapitar al mismo arzobispo de Canterbury que, por cierto, era también Tesorero real— consiguieron

El sistema feudal se desmoronaba. Entre la nobleza y la plebe comenzaba a cimentarse de modo pujante un nuevo estamento: la burguesía, sin abolengo social, pero con poder económico, lo que la convertía en objeto de envidia tanto por parte de los de arriba como de los de abajo; aunque, como siempre, estos últimos eran los mayormente perjudicados.

El Estatuto de Cambridge de 1388 introdujo dos innovaciones que perduraron hasta comienzos del siglo XX. Por un lado trazó los límites entre mendigos profesionales, capaces de trabajar, y los verdaderamente marginados, mendigos incapacitados o enfermos. En *Pedro el Labriego*, Langland recrimina a los mendigos falsos:

¡Por Dios! —exclamó Pedro explotando—, ¡levantaos y volved al trabajo de inmediato; de otra forma, cuando llegue el tiempo de escasez no tendréis pan con qué cantar! ¡Os moriréis de hambre y todos os iréis al infierno!

De modo que esos impostores se asustaron y pretendieron ser ciegos o contorsionaron las piernas oblicuamente tal como lo hacen los mendigos¹¹, gimoteando y quejándose para que Pedro se apiadase de ellos.

—Lo sentimos, señor, pero carecemos de extremidades con las que trabajar. (VI)

Los caminos ingleses medievales, además de salteadores, estaban infestados por una plaga de esos marginados pedigüeños, mendigos y lisiados. Muchos de ellos habían sufrido mutilaciones como producto de las luchas feudales o de la Guerra de los Cien Años; pero otros fingían lesiones: así algunos falsos cojos se ataban la pantorrilla al muslo, otros escondían un brazo bajo abundantes capas de vestimenta etc. Paradójicamente estos falsos lisiados se curaban «milagrosamente» al atardecer para participar en orgías y juergas nocturnas.

diversas concesiones del rey Ricardo II, como la libre circulación de los trabajadores e incluso la abolición del impuesto desencadenante. Pero dos días después, durante las negociaciones con el alcalde de Londres William Walworth, Tyler fue apresado y ejecutado, lo mismo que muchos campesinos. Tyler se convirtió en figura legendaria. Es el héroe del poema «Wat Tyler» (1794), compuesto por Roberto Southey. A finales de junio las tropas comandadas personalmente por Ricardo II realizaron una batida por los condados insurrectos. Al recriminarle por el incumplimiento de sus promesas, el rey contestó: «Villeins ye are and villeins ye shall remain» (Sois y permaneceréis villanos). Por primera vez los campesinos habían efectuado un acto corporativo y, a pesar de la derrota, se habían hecho respetar, pues poco después el impuesto directo extraordinario se suprimió.

¹¹ La peste y el hambre propagaron una considerable plaga de mendicidad. Junto a los mendigos de necesidad se juntaban los falsos mendigos, profesionales del pedir, con toda su sarta de tretas y artimañas: falsas lesiones, enfermedades fingidas, etc...

Por otra parte, el citado Estatuto de Cambridge determinó que los sirvientes no pudieran desplazarse de su lugar de trabajo sin un permiso legal. Para imponer estos preceptos creó los jueces de paz (durante los juicios recibían de manos del sheriff 4 chelines diarios procedentes de los impuestos y multas recaudados). Los salarios anuales se fijaron en 13 chelines y 5 peniques para los capataces, en 10 chelines para granjeros, carreteros y pastores, en 6 chelines para los cuidadores de cerdos, mujeres trabajadoras y labradores, etc¹². La opinión de Langland a este respecto es concluyente, tal como se muestra en los libros VI y VII: el aumento de sueldo de los trabajadores no está justificado porque fomentaría sólo la pereza y el vagabundo; aunque, de hecho, no está en contra de los trabajadores en general sino de los vividores.

La fascinación por el dinero —recordemos el dicho celestinesco *no hay monte por elevado que esté que un asno, cargado de oro, no lo pueda subir*— afectaba también al estamento clerical, tanto regular como secular. El clero secular procuraba escaparse del control jerárquico bastante debilitado de por sí. Muchos clérigos comarcales eludían sus obligaciones parroquiales e intentaban refugiarse en las grandes poblaciones, especialmente Londres, en busca de mayor desahogo económico y menor compromiso pastoral. Como siempre, los pobres feligreses sufrían las consecuencias de ese pastoral abandono. El poder religioso cuando no está al servicio de los fieles oprime y puede engendrar sutiles marginaciones de diverso tipo. Este poder, teóricamente de tipo espiritual, tenía derivaciones y abusos que los reformadores de la época fustigaron sin piedad. En *Pedro el Labriego* leemos:

Luego escuché cómo los párrocos se quejaban al Obispo porque, desde la Peste¹³, carecían de medios de subsistencia; en consecuencia pedían licencia para vivir en Londres donde podrían cantar misas por simonía, y acomodar sus voces al dulce tintineo de la plata. Vi cómo los obispos y licenciados, Maestros y Doctores en Teología y otros eclesiásticos a los que Cristo había confiado la cura de almas, cuyas cabezas están tonsuradas para mostrar que deben absolver, enseñar y orar por sus feligreses, y alimentar a los pobres, todos vivían siempre en Londres, incluso durante la Cuaresma. Algunos ocupaban cargos¹⁴

¹² J.J. Bagley y P.B. Rowley, *A Documentary history of England, vol. 1 (1066-1540)*, Aylesbury, Penguin, 1966, 217.

¹³ En la diócesis de Lichfield, en Derbyshire, con 108 parroquias, murieron 78 párrocos. En Inglaterra había 8760 parroquias con unos 15.000 sacerdotes para una población de 4,2 millones con una media de 280 feligreses por cura. *The Black Death*, p.189.

¹⁴ El obispo de Winchester, William de Wykeham, posteriormente Gran Canciller (1367-71), es un claro ejemplo de clérigo mundano. (W.A. Pantin, *The English Church in the XIV Century*, Cambridge, 1955.)

en la Corte como contables reales, o en los Tribunales de Cuentas y del Tesoro, donde reclamaban a los ediles municipales sus devengos y sus derechos sobre las propiedades sin dueño. Otros entraban al servicio de señoras y señores, estableciéndose como administradores de los asuntos domésticos, mientras oficiaban atropelladamente la misa diaria y el oficio divino sin devoción alguna. ¡Verdaderamente albergo el temor de que Cristo, en el solemne Juicio Final, condenará eternamente a muchos! (Prólogo)

Por su parte los Obispos encarecían a sus sacerdotes que atendiesen a sus feligreses. El obispo de Bath constata, p.e., que muchos mueren sin confesión. Ante esta situación, aconseja que se confiesen con laicos y *si no hay hombres disponibles, incluso con una mujer*¹⁵. Aunque él no dio excesivas muestras ejemplares de celo quedándose recluido en la campiña de Gales, aquí se salta una de las normas eclesiásticas más antiguas: el confesar es privativo de los sacerdotes. El que, incluso una mujer, pueda oír confesión es algo revolucionario desde el punto de vista medieval. A este respecto baste recordar la pretensión de poder confesar a sus monjas por parte de algunas abadesas como forma de control-opresión:

San Gregorio fue un gran papa; hombre de gran previsión, dispuso que las prioras no podían ordenarse. De no haberlo dispuesto así, todas ellas se hubieran cubierto de ignominia el primer día, ya que a las mujeres les es imposible guardar un secreto. (cap. v)¹⁶.

Ante el estado de dejadez espiritual de la feligresía otro contemporáneo de Langland y Chaucer, Juan Wycliff (1330-1384) —Langland se muestra admirador de algunos aspectos de su doctrina, especialmente el de subrayar la importancia de la ejemplaridad del clero—, iba a desencadenar importantes reformas en el ámbito eclesial. Wycliff, profesor de filosofía en Oxford, prefirió, de entrada, el brillo de una cátedra universitaria al desempeño de la labor pastoral en la parroquia donde era titular; su vida es un claro ejemplo de oprimido y marginado.

En 1376 Wycliff declaraba que el poder se fundamenta en la gracia de Dios, de forma que quien está en pecado mortal no puede ser depositario de la autoridad divina. Este poder lo denominaba *dominium* y se ejercitaba no por mediación papal o regia, sino directamente por quien estuviera en gracia de Dios. Quien carecía de esta gracia no tenía «dominio». Así, un sacerdote no podía administrar los sacramentos a menos que estuviera en gracia de

¹⁵ Philip Ziegler, *The Black Death*, Alan Sutton: Dover, 1993, p. 96.

¹⁶ Referencia velada a la intentona de arrogarse el derecho de confesar a las monjas de su convento por parte de algunas abadesas. Langland incurre aquí en un error histórico. El Papa S. Gregorio I, el Grande nació en 544 y murió en 604. De hecho se refiere a Gregorio IX (1227-41), que promulgó un decreto prohibiendo esta incipiente costumbre.

Dios. Esta doctrina era un ataque velado ante los abusos eclesiásticos de entonces y una bomba de relojería en contra de la jerarquía eclesiástica. Pero, como gozaba de la protección de Juan de Gante, salió momentáneamente incólume, máxime cuando había apoyado la legalidad de prohibir la expatriación de la aportación económica inglesa a favor del Vaticano. En 1379 Wycliff perdió el patrocinio de su protector al negar la doctrina de la transustanciación¹⁷, tal como la explicaba la doctrina tradicional y la necesidad de la mediación eclesiástica; se podía establecer una relación personal directa entre el hombre y Dios basándose en las Escrituras y prescindiendo de las numerosas prácticas que la Iglesia había incorporado e incrustado en el dogma. Al mismo tiempo abogaba por un clero pobre, espejo de Cristo; para propagar esta doctrina desplegó a sus discípulos, los Predicadores Pobres, por la campaña inglesa. La gleba recibió esta clase de predicación con avidez.

En mayo de 1382, Courtenay, arzobispo de Canterbury, ratificaba la decisión de un tribunal eclesiástico y condenó a Wycliff por herejía: al ser expulsado de Oxford se refugió en su parroquia de Lutterworth, en el condado de Leicester, cuna del movimiento lolardo. Los Lolardos (*lollard* viene del holandés medieval *lollaert*, que significa «mascullado») fueron los seguidores más acérrimos de Wycliff y constituyeron esa secta basándose en su doctrina. La presencia de los Lolardos y de las diatribas contra los clérigos corruptos en el texto de *Pedro el Labriego* es evidente. Se configuraron de entrada como un grupo reformador y herético y fueron reprimidos con rigor, hasta tal punto que en 1401 se aprobó el estatuto *De heretico comburendo*. El primer mártir lolardo que murió en la hoguera fue William Sautrey. Wycliff había fallecido en 1384; unos años más tarde, en 1415, el concilio de Constanza decretaba la exhumación de sus restos y su cremación: la sentencia condenatoria de 1382 se aplicaba en 1428. Era una marginación u opresión *post mortem*.

Durante esta época también tuvo lugar el traslado del Papado de Roma a Aviñón (1309-76) y el Gran Cisma de Occidente (1378-1417) con dos Papas antagonistas. Esta situación —que se menciona en varias ocasiones en *Pedro el Labriego*— deterioró enormemente la fuerza del Vaticano en Inglaterra y fue una de las causas remotas de la posterior Reforma Protestante.

¹⁷ Transustanciación significa conversión total de una substancia en otra. En Teología se aplica principalmente a la conversión, en la consagración eucarística, de toda la substancia del pan en el cuerpo y de toda la substancia del vino en la sangre de Jesucristo, permaneciendo las especies sacramentales. Esta doctrina fue promulgada como dogma de fe durante el IV Concilio de Letrán en 1215, durante el papado de Inocencio III (1198-1215). Para Wycliff Jesucristo se hacía presente en las especies consagradas no por las palabras de sacerdote sino por la fe de los fieles. El desarrollo doctrinal, que se elaboró principalmente entre los siglos XIII al XV, fue incorporado a las resoluciones del Concilio de Trento (1543-63). (Véase E.F. Jacobs, *Cambridge Medieval History*, vol. 6, Cambridge University Press, 1929.)

El otro estamento religioso, el clero regular, mostraba una paradoja vital: los miembros eran pobres pero sus comunidades no, pues aquéllos trabajaban sin retribución personal. Desde el punto de vista individual una vida de austeridad con los votos de pobreza, castidad y obediencia contrastaba con el creciente enriquecimiento de la institución que la cobijaba. Además, las donaciones acrecentaban el patrimonio comunitario. Estas características se incrementan al tratarse de las Órdenes Mendicantes, llamadas así porque debían vivir con la pobreza de un mendigo.

También contemplé a los frailes de las Cuatro Ordenes¹⁸ que predicaban en provecho de su vientre. En su afán de vestidos elegantes interpretaban las Escrituras según su propia conveniencia y la de sus protectores. Muchos de estos Doctores en Teología pueden vestirse con el mayor lujo pues sus ganancias prosperan al ritmo de su profesión. Cosas muy raras han sucedido en los últimos años, ahora que la Caridad se ha introducido en el mundo de los negocios y se ha tornado confesor supremo de ricos hacendados; a menos que los frailes y la Santa Madre Iglesia arreglen sus rencillas no tardará en suceder algo gordo bajo la capa del sol. (*Pedro el Labriego* I, p. 29)

En su afán recolector algunos miembros de las órdenes mendicantes —no sería justo generalizar— incurrían en frecuentes corruptelas; en este caso los marginados eran los pobres fieles. Chaucer, enemigo declarado de los frailes —con un franciscano tuvo una trifulca por las calles de Londres— critica esa avaricia recolectora en el Prólogo al Cuento del Alguacil —aprovechando que los alguaciles eran enemigos declarados de los frailes—. Describe allí de forma magistral al demonio en el Averno. Al levantarle la cola —de debajo de sus posaderas— sale un enjambre de 20.000 frailes. En el Cuento, cuando el fraile pesetero pide un donativo para toda la comunidad, el hacendado, que está postrado en la cama, le dice que tiene uno muy especial para él entre las sábanas. Al introducir la mano tanteando la espalda del enfermo «hasta donde —según Cervantes— la espalda pierde su honesto nombre» le descarga una acústica ventosidad. (Chaucer menciona ocho veces en *Los Cuentos* el término inglés *fart*, el equivalente en latín vulgar de *bumbum*, *bumba*, *pidicio*, y *trulla*). La forma de repartir ese gaseoso y acústico presente de forma equitativa es ingeniosa. Los miembros de la comunidad deberán colocarse en los extremos de una rueda de carro para que todos reciban por igual este don, emitido desde el eje, de forma equitativa, aunque el mendicante ocupará un lugar privilegiado: el centro mismo, para así recibir las primicias olfativas.

¹⁸ Dominicos, Franciscanos, Carmelitas y Agustinos. Según Langland los frailes ocasionan la ruina de la Iglesia. Con ello sigue la tradición satírica medieval (J. Mann, *Chaucer and Medieval Estates Satire*, Cambridge, 1973, 37-54). Wycliff y sus seguidores criticaron la interpretación *sui generis* que de la Biblia efectuaban los frailes.

Si a esto añadimos que no todos eran un dechado de virtud encontraremos justificado el que tanto Langland como Chaucer fustiguen a los frailes pedigüños. En cualquier caso tanto el poder como el dinero dieron paso a una serie de abusos que las diversas sectas reformistas criticaron sin piedad aunque no los atajaron; excusa brindada para que el poder real se apropiara de los monasterios durante la Reforma Protestante del siglo XVI.

El poder eclesiástico tenía un brazo ejecutor en los alguaciles o sheriffs, personajes odiados, pues eran ellos los encargados de citar a la gente ante el juzgado eclesiástico del Arcediano. Esta opresión marginaba especialmente a las mujeres. En *Los Cuentos* el Alguacil las citaba no solamente a comparecer en juicio sino también previamente en su lecho. La creencia de que los demonios acechaban a las vírgenes por la noche y tenían relaciones sexuales con ellas estaba bastante difundida y suministraba una perfecta excusa para justificar posibles embarazos. En *Pedro el Labriego* (c. II) los Alguaciles se equiparan a los fornicadores. (*Fornicacioun* es un ejemplo de especialización semántica pues en el medievo significaba «cualquier desmán sexual»).

Pero cambiemos de tercio. ¿Qué decir de la opresión que el brazo político o legislativo judicial ejerce sobre sus súbditos con tal de mantener sus privilegios? Aquí Langland critica veladamente a Juan de Gante y su proceder opresivo y lo compara con el de un gato juguetón y matón. La cita, aunque larga, no tiene desperdicio:

A continuación, de improviso salió corriendo una multitud de ratas con un tropel de ratoncitos¹⁹; todos se congregaban en asamblea para debatir la seguridad común, pues un gato de cierta corte acostumbraba a venir a su antojo; saltaba sobre ellos, les propinaba zarpazos, los arrojaba al aire y jugaba con ellos del modo más alarmante.

— Nos rodean tantos peligros —afirmaban—, que apenas nos atrevemos a desplazarnos. Y si nos quejamos de sus juegos, nos atormentará más y jamás nos dejará tranquilos, nos arañará, clavará y agarrará con sus zarpas. ¡No valdrá la pena seguir con vida! Podríamos señorear nuestros propios dominios y vivir sin preocupación si pudiéramos tramar algún ardid para pararle los pies.

Entonces una rata de renombre, famosa por su elocuencia, propuso un excelente plan de diseño propio:

— Me he dado cuenta —dijo—, que ciertos hombres con librea en la City de Londres llevan collares de fantasía y relucientes cadenas de oro colgadas del cuello. Se comportan como perros sueltos merodeando por donde se les antoja, por lugares superpoblados y propiedades comunales; me he enterado que a veces se alejan y ocasionan

¹⁹ A través de la fábula (Nicole Bozon, *Les contes moralisés*, 1320) las ratas representan a los miembros prominentes de la Cámara de los Comunes, los ratones, a los de menor importancia. El gato era Juan de Gante, duque de Lancáster y aspirante al trono regio. El pueblo estaba a favor de Ricardo, cuyo legendario padre era el Príncipe Negro. Esta fábula aparece recogida en una antigua colección francesa, *Ysopet*. La Fontaine incluye esta fábula —basada en Esopo— en su producción. (Skeat 22-3).

altercados en otros lugares. ¡Por Cristo! Se me ha ocurrido que si se les pusiera una campanita en sus collares la gente podría enterarse de su llegada y escaparse.

— Así que —continuó la rata—, he ideado algo semejante para nosotros. Debemos comprar una campanita de bronce o de reluciente plata, ajustarla a un collar y colgársela al cuello del gato. De esta forma podremos enterarnos de sus intenciones, si está merodeando por ahí, descansando o correteando; y si tiene un talante agradable y juguetón podremos asomarnos fuera del agujero y salir, pero si está de mal humor, podremos adoptar precauciones y apartarnos de su camino. Toda la asamblea ratonil aprobó el proyecto. Pero una vez comprada la campanita y colocada al collar, no hubo rata alguna de la asamblea —¡ni una en todo el reino de Francia!— que, por más que tuviera por recompensa a toda Inglaterra, se atreviera a poner el collar al gato. En consecuencia se enfadaron con ellos mismos y se avergonzaron de su endeble plan, y creyeron que su largo y laborioso proyecto había resultado inútil. (Prólogo)

No salen mejor librados los magistrados, sujetos también al señuelo del dinero y a interpretar las leyes en provecho propio, siendo, una vez más, los menos favorecidos los más marginados. He aquí una pequeña muestra de *Pedro el Labriego*:

Pero los magistrados que defienden una causa eran los que menos perdón iban a recibir. El Salmo rechaza la salvación de aquellos que aceptan sobornos, especialmente de gente inocente incapaz de sospechar dolo: «El que no acepta sobornos en contra de los inocentes»²⁰. Los abogados deberían hacer lo imposible para ayudar y defender a los pobres y los príncipes y prelados deberían sufragar esos gastos. Recibirán sus estipendios de reyes y gobernantes²¹. Pero os aseguro que muchos de estos jueces y jurados serían capaces de hacer más por Juana²², la prostituta, que por amor de Dios. (VII).

Encontrar el punto muerto entre marginación y opresión en el terreno sexual resulta también particularmente difícil. Aquí analizaré el comportamiento de dos personajes, el Bulero, en inglés *Pardoner*, otorgador de perdones o vendedor de indulgencias y la Comadre de Bath (en algunas traducciones etiquetada como la Mujer o la Viuda)²³. En el primer caso un Bulero de carácter ambiguo a caballo entre el afeminamiento, la impotencia y la ho-

²⁰ Salmo xv, 5.

²¹ Posiblemente Eclesiástico xxxviii, 1-2.

²² Aquí, nombre genérico por prostituta.

²³ En el título de la comedia de Shakespeare, *The Merry Wives of Windsor* el término *wife* se traduce por «comadre», no por «viuda». Nótese en la expresión «viuda alegre» la connotación negativa de «alegre».

mosexualidad; la Comadre, una mujer viuda y de vida alegre, en el segundo. (Por cierto la palabra medieval inglesa alegre *gay*, ya empezaba a tener entonces una connotación erótica; en el siglo XVIII significaba «seductor»²⁴).

Un prototipo de Bulero ful lo tenemos en *Pedro el Labriego*:

Asimismo había un bulero²⁵ que predicaba como si fuera sacerdote. Mostraba un documento recubierto de sellos episcopales y pretendía tener potestad de absolver a los que habían quebrantado toda clase de ayunos y votos. Las personas ignorantes le creían y estaban encantadas. Se le acercaban y arrodillaban para besarle sus credenciales mientras que él les golpeaba —y cegaba— el rostro con sus poderes de indulgencia y ¡recogía sus joyas y anillos con su pergamino enrollado! ¡De este modo entregáis vuestro oro para mantener a esos glotonas, y lo dais a esos bribones que se dejan llevar por la lujuria! Si el obispo fuera obispo, si aguzara el oído a lo que sucede en su entorno, no dejaría que su sello se distribuyese para engañar a la gente de este modo. Pero este rufián no predica con permiso episcopal: el párroco está en connivencia con el bulero y se reparten los beneficios, dinero que, a no ser por ellos, sería para los menesterosos de la parroquia. (1)

El Bulero o vendedor de indulgencias de *Los Cuentos* tiene un aspecto físico ambiguo que conviene analizar. «I trowe he were a geldying or a mare» (I, 691). *Geldying* y *mare* son las palabras clave²⁶. Aunque no tenemos datos completos de la terminología sexual medieval, *geldying* se podría traducir por «eunuco» o «impotente»; *mare* por «eunuco castrado». Las características físicas: cabello largo y fino, voz de falsete, barbilampiño, corresponden a la descripción de los eunucos en los tratados médicos medievales. Los eunucos eran de dos clases: congénitos o de nacimiento y los castrados. ¿Se marginaba a los eunucos? En el Antiguo Testamento se les excluye del Templo: «El que tiene los testículos quebrantados o el órgano genital mutilado no entrará en la Asamblea de Yahvé». (Deuteronomio xxiii, 2). Para Isaías la marginación es inexistente: «Y el eunuco no diga: He aquí que soy un árbol seco. Porque así habla Yahvé: A los eunucos que guardan mis sábados y eligen lo que me es grato ... yo les daré en mi casa... un nombre eterno e

²⁴ William & Mary Morris, (1988), *Dictionary of Word and Phrase Origins*, Harper & Row, Nueva York, 1988, p. 239.

²⁵ Los excesos de los vendedores de bulas o indulgencias comenzaron cuando las onerosas penitencias del tipo «ayunar a pan y agua durante un mes» pudieron sustituirse por el pago de limosnas. La venta de indulgencias se convirtió en un negocio lucrativo y sus vendedores, a pesar de ser portadores de bulas pontificias, se transformaron mayoritariamente en charlatanes embaucadores que, de paso, vendían toda suerte de reliquias, como plumas del Arcángel S. Gabriel o uñas de querubín. (J.J. Jusserand, *English Wayfaring Life in the Middle Ages*, University Paperbacks, Londres, 1961, 176-185).

²⁶ Varias de las ideas que aquí se analizan se basan en el artículo de Mónica McAlpine, «The Pardoner's homosexuality and how it matters», *PMLA*, 1980, págs 8-22.

imperecedero». En el medievo los eunucos congénitos —y los castrados con mayor razón— carecían de condena moral, la impotencia no era considerada pecaminosa. Cabría aquí recordar la costumbre renacentista de castrar a los mejores cantores del coro infantil del Vaticano para preservar su voz.

Aparentemente, pues, el Bulero no era un marginado. Pero un análisis más profundo del término *mare* nos lleva a traducirlo por «yegua, afeminado, invertido, homosexual», palabra esta última que Chaucer, evidentemente, desconocía, pues empezó a utilizarse en la segunda mitad del siglo XIX. Para resolver, pues, la cuestión de si el Bulero era un marginado o no deberíamos primero contestar a la pregunta: ¿qué lugar ocupaban en el esquema de la salvación los desviados sexuales? Aunque esto daría pie a otra conferencia.

En un poema satírico Walter de Chatillon describe a los homosexuales y los etiqueta como «yeguas» *equa fit equus* (*Medieval Estates Satire*, 146). La homosexualidad masculina en la época medieval implicaba que un hombre se convirtiera en cierto sentido en mujer. Un hombre, para ser tal, debía apartarse de cualquier indicio de afeminamiento o de homosexualidad. En latín medieval *effeminatus* significa «homosexual»; en inglés, a partir del XVII *effeminate* tiene ese significado. Aunque los rasgos externos del afeminamiento varían con la época, podemos colegir del tono de voz del Bulero, las referencias a las cabras y las liebres —animales con connotaciones lujuriosas, pues en la iconografía medieval, en representaciones de cópula, por ejemplo, siempre aparece una liebre, muchas veces perseguida por un perro— y el modo de dirigirse a su auditorio, que era un invertido.

En el *Roman de la rose* de Guillermo de Lorris el Dios del Amor impartió una serie de consignas a seguir:

Cous tes manches, tes cheveys pigne,
Mais ne te farde ne ne guigne,
Ce n'apartient s'as dames non,
Ou a ceus de mauvais renon,
Qui amors par male aventure
Ont trovee contre Nature (II, 2169-74).

(Cósete las mangas y péinate pero no te pintes la cara, pues esa costumbre pertenece sólo a las señoras o a hombres de mala reputación que han tenido la desgracia de encontrar un amor contra natura).

Más aún. El Bulero se asocia con el Alguacil, su amigo y compinche. Ambos forman un dúo musical y de contraste. El lujurioso Alguacil controlaba a todas las prostitutas de su diócesis. ¿Se junta el Bulero con él para encontrar la virilidad de la que carece? Chaucer describe al Bulero de un modo ambiguo, posiblemente porque en esa época se debía meter en el mismo saco lo que hoy denominamos homosexualidad, bisexualidad, heterosexualidad, transexualidad y travestismo. El resto de la comitiva los considera como a un par singular, los margina, pero hasta cierto punto solamente, pues al fin y al cabo son también peregrinos que van en busca de perdón. Desde el punto de vista literario Chaucer los margina, pues los describe en

último lugar; pero no los condena de forma explícita. Sin que eso signifique que iba en contra de la enseñanza de la Iglesia que consideraba los actos de homosexualidad pecado grave, Chaucer rehúye condenar al Bulero y se muestra condescendiente con su homosexualidad. La actitud hacia esta forma de relación sexual ha ido variando según las épocas; era aceptada en Grecia, tolerada en Roma y condenada en la cultura judeo-cristiana, que la considera una abominación. En el Levítico se lee «no te acostarás con varón como con mujer; es una abominación» (xviii, 22); y en 20:13 se condena a muerte a los infractores. Esta censura ha influido grandemente en la actitud social hacia la homosexualidad durante muchos siglos. Actualmente la actitud es mucho más permisiva a pesar del efecto retardante del sida.

Le toca el turno al personaje femenino, la Comadre de Bath. La misoginia tiene una historia documentada de cinco mil años; la indocumentada probablemente se remonta a los orígenes de la especie. Como otros temas, la visión medieval de la mujer está indudablemente influenciada por la tradición anterior. Uno no puede menos que recordar algunas citas²⁷. «La mujer es un hombre inferior» (Aristóteles en *Poética*). «De aquellos que nacieron como hombres, todos los que fueron cobardes y malvados fueron transformados, en su segundo nacimiento, en mujeres» (Platón, *Timeo*). «Tal es la estupidez del carácter de la mujer que en todas las cuestiones le incumbe desconfiar de sí misma y obedecer al marido» (Confucio). Pero ¿cómo podemos etiquetar a Alicia, la Comadre? ¿Marginada y oprimida, o marginadora y opresora? Es el tema clave del archimencionado debate matrimonial: los respectivos papeles de sus componentes y la importancia del sexo dentro de las relaciones hombre-mujer con vínculo matrimonial.

Alicia, mal denominada Viuda de Bath, es descrita por Chaucer con referencia a su horóscopo²⁸.

Las referencias astrológicas facilitan la comprensión de la personalidad de la Comadre y ayudan a captar su ética de comportamiento. En la Europa medieval la astrología gozaba de gran popularidad... en el siglo XIII en Salamanca había una cátedra de Astrología y Matemáticas... uno de los baluartes de la ortodoxia cristiana, Santo Tomás de Aquino llegó a escribir: «los cuerpos celestes son la causa de todo lo que acontece en el mundo sublunar». Durante el Medievo siempre hubo un astrólogo papal a la vera del Pontífice²⁹.

²⁷ Todas estas citas misóginas están tomadas de Llátzer Moix, «Las mujeres son muy malas», *La Vanguardia*, 18 marzo 1993, p. 44.

²⁸ Cfr. Pedro Guardia Massó, «Tensión astrológica y la Comadre de Bath», en Fernando Galván (ed.), *Estudios literarios ingleses: la Edad Media*, Cátedra: Madrid, 1985, págs. 107-119.

²⁹ Cfr. Pedro Guardia Massó, «Tensión astrológica y la Comadre de Bath», en Fernando Galván (ed.), *Estudios literarios ingleses: la Edad Media*, Cátedra: Madrid, 1985, pág. 116.

Esquemáticamente Alicia, tal como ella afirma en su autodescripción en el Prólogo a su Cuento, «tenía los dientes separados, pero eso me sentaba bien; llevaba la marca de nacimiento de Santa Venus» (III, 603-4). (El tener los dientes separados era indicio de lascivia). «Ciertamente Venus influye sobre mis sentimientos. Marte, en mi valor. Venus me proporcionó el deseo y la lujuria. Marte mi descarada osadía. Tauro estaba en ascendiente cuando nací y Marte también se hallaba en él» (III, 609-13).

La personalidad de la Comadre y sus luchas maritales —ha enterrado a cinco maridos— son un reflejo muy claro de la enemistad entre Marte y Venus. Marte es el dios de la guerra y Venus, la diosa del amor. La Comadre reconoce claramente la influencia de Venus en su conducta: «Y el beber vino me lleva a pensar en Venus... un rabo³⁰ goloso encaja en una lengua laminera» (III, 464 y 467). «Siempre seguí mis inclinaciones, bajo el influjo de mi constelación, que me constreñía a jamás negar mi cámara de Venus a un buen mozo» (III, 619-20).

La influencia de Venus se contrarresta con la de Marte. En su vida marital siempre está dispuesta a pelear. Ha sido el tormento de sus cinco maridos, tres buenos y dos malos. Con los tres primeros, viejos y ricos, ha sido inmisericorde, pues de noche los hacía trabajar a fondo, siendo ésta posiblemente la causa de su fallecimiento. En el Prólogo de su Cuento la Comadre refleja claramente su agresividad sexual: «un arpa pequeña me hacía cantar como a un ruiñeñor». Este pequeño instrumento —no por cierto musical, ya que era el órgano sexual masculino— le hacía entonar notas o gemidos nocturnos más o menos musicales. La referencia al ruiñeñor euroasiático *Erytharcus megarhyncos* es doble. Por una parte, a su canto, variado y potente; por otra a su actividad amorosa: el ruiñeñor, en la literatura medieval europea, es el símbolo del amor. Paradójicamente la propensión venérea —en el sentido etimológico, procedente de Venus— de la Comadre ha de ser satisfecha por tres maridos ya entrados en años que no estaban para demasiados trotes. En cierto sentido cabría tildar aquí a la Comadre de opresora y a sus tres maridos de oprimidos. Alicia tiene una visión partidista del débito conyugal, pues interpreta la doctrina de S. Pablo a los Corintios (VII, 3) de modo incompleto. Para ella el débito sólo obliga al marido: «debo tener un esposo que sea a la vez mi deudor y mi esclavo...mientras esté viva es a mí a quien se da el poder de su propio cuerpo y no a él» (CC, 199); lo que va en contra del «mulier sui corporis potestatem non habet, sed vir; similiter autem et vir sui corporis postestem non habet, sed mulier» (I Corintios VII, 4). Posiblemente esto no reflejaría la situación normal entre los matrimonios medievales aunque «justificaría» (entre comillas) la existencia de los cinturones de castidad. Langland

³⁰ Cfr. Pedro Guardia Massó, «La traducción de términos sexuales en *Los Cuentos de Canterbury*», en Purificación Fernández Nistal, *Estudios de Traducción*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 1992, págs 61-77.

resume la doctrina citando a S. Pablo: «Para evitar la fornicación es bueno que todo hombre tenga su propia esposa, y toda mujer su propio esposo» (1 Corintios VII, 2). En este texto se incluía al clero secular. Antes de la conquista normanda muchos sacerdotes ingleses estaban casados y en el norte de Inglaterra el celibato era la excepción, no la regla. El mismo Wycliff predicaba que los sacerdotes del Antiguo Testamento estaban casados y que los mismos Apóstoles también.

Pero sigamos con nuestro personaje femenino. Su agresividad marciana se pone también de manifiesto con los otros dos maridos. Rojo es el color predilecto de Marte; de color escarlata son las medias de la Comadre. Pero en un estallido de cólera uno de sus maridos le ha propinado tal bofetón que la ha dejado sorda. La agresividad física de un marido para con su cónyuge no debía ser un caso aislado en la época medieval³¹. Aquí la Comadre sería la marginada y su marido el opresor. Pero en general cabría afirmar que así «como para la Edad Media el sistema planetario era geocéntrico, en el mundo privado de la Comadre, todos sus esposos son planetas que giran en torno suyo porque ella, en su interior, se somete conscientemente a las tensiones astrológicas de Venus y Marte»³².

Y, antes de concluir, ya que estamos inmersos en un ambiente universitario me voy a permitir una digresión final. Todos, de un modo o de otros somos alumnos; incluso los profesores debemos poseer el *statu pupilari*. Echando mano de nuestra experiencia personal podríamos encontrar ejemplos de opresión y marginación en el terreno educativo. No me cabe la menor duda de que *Pedro el Labriego* merece ser leído, y con suma atención, aunque sólo sea por la *modernidad* de sus juicios sobre la religión y los religiosos, sobre la política y los políticos, sobre los vicios y virtuosos, sobre la ignorancia, el estudio, la pobreza ... Véase, a título de ejemplo, lo que Langland pensaba de la educación de su época, y aplíquese, *mutatis mutandis*, a la nuestra:

La gramática, base de toda educación, desconcierta a la generación actual, ya que, si uno se fija bien, no hay ni un solo estudiante que sepa componer versos o redactar una carta decente. Dudo también que uno entre cien sepa leer a un autor latino o descifrar una palabra de cualquier lengua extranjera. Y no es de extrañar, pues la farsa está al frente de todos los niveles de nuestro sistema educativo, y su colega, la adulación, le sigue los pasos. Y por lo que respecta a catedráticos y lectores de teología (que se supone dominan todas las ramas

³¹ En *Los Cuentos* se dan muchos casos de hombres opresores que abusan de y marginan a la mujer. Paradójicamente, en el Cuento del Erudito Chaucer describe a la sumisa Griselda, víctima de los abusos de su esposo Walter, como el polo opuesto de la Comadre.

³² Pedro Guardia Massó, «Tensión astrológica y la Comadre de Bath», en Fernando Galván (ed.), *Estudios literarios ingleses: la Edad Media*, Cátedra: Madrid, 1985, págs. 119.

del saber y están preparados para debatir cualquier argumento y responder a cualquier pregunta), me avergüenza afirmar que iban a suspender todos y cada uno de ellos si los examináramos mañana de Filosofía y Física (xv).

El párrafo podría suscribirse hoy en día sin apenas variar una sola coma.

Mis 50 minutos se acaban. Las grandes obras son producto y reflejo de una época determinada; pero siempre la trascienden: tocan y aportan soluciones a temas eternos, son patrimonio de la humanidad. Copérnico tenía la clave para descifrar el mensaje encriptado de Galileo:

smaismsrilmepoetalevmibunenugtaviras
(*altissimum planetam per gemium observari*)

y al recibirlo, en seguida supo que su colega, con su telescopio casero, había detectado unos anillos en Júpiter que correspondían a los 4 satélites denominados posteriormente Ío, Europa, Ganimedes y Calisto. Espero que esta rápida panorámica, enfocando también mi rudimentario telescopio en *Los Cuentos de Canterbury* y en *Pedro el Labriego*, haya contribuido no sólo a esclarecer un poco el entorno medieval del siglo XIV inglés y establecer puentes comparativos con el nuestro sino también a calibrar que la marginación es muchas veces resultado de una opresión. Sin olvidar que «la risa física y la sonrisa espiritual calman inquietudes y sosiegan los ánimos».

Como afirma Langland en *Pedro el Labriego*, «El Amor es el médico de la vida ... la Verdad es el mejor de los tesoros» (1).